

En compañía de María, camino a la Navidad



ARCHBISHOP
JOSÉ H. GOMEZ

Diciembre es un mes muy rico litúrgicamente, de una manera particular por ser el tiempo de Adviento que culmina en la Navidad. Pero además, hay dos importantes fiestas de la Virgen María: la solemnidad de la Inmaculada Concepción, Patrona de Estados Unidos, que se celebra el 8 de diciembre, y la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe el 12 de diciembre, que ocupa un lugar tan especial en nuestros corazones. Por esta razón, quisiera hoy reflexionar sobre nuestra Santa Madre María.

Son muy pocos los pasajes del Evangelio que describen aspectos de la vida y del perfil psicológico y espiritual de la Virgen María.

El converso católico francés Charles Péguy decía que, sobre María, el Evangelio guardaba un “doloroso silencio”, haciendo referencia al deseo natural de todo cristiano de comprender un poco más y mejor el perfil espiritual de nuestra Madre, como podemos conocer el de Jesucristo.

Sin embargo, el mismo Péguy decía que la discreción del Evangelio sobre María no era un “error” de Dios, sino una sutil escuela de quién era María: la discípula atenta y servicial —

como la vemos en las Bodas de Caná — y siempre presente en los momentos decisivos del ministerio del Señor Jesús — al pie de la Cruz, en la Resurrección y en Pentecostés.

Sin embargo, debería sorprendernos que de los pocos pasajes del Evangelio referidos a María, dos de ellos describen exactamente la misma actitud: primero, en Lucas 2:16-21, vemos una reveladora reacción de la Virgen ante las alabanzas recibidas por los pastores que visitaban a Jesús recién nacido en Belén: “Y María conservaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón”.

Poco más adelante, en el episodio del extravío del Hijo en el templo de Jerusalén, poco después que el joven parece comprender a sus padres, San Lucas vuelve a describir en María la misma actitud: “Su madre, por su parte, guardaba todas estas cosas en su corazón”. (Lc 2:51)

Es decir, María escucha y medita tanto ante los elogios, como ante lo que parece una dura corrección.

En este tiempo de Adviento, camino a la Navidad, estos dos pasajes de San Lucas son pequeñas ventanas que nos permiten asomarnos a la profundidad del alma de María: un alma que no se precipita a reaccionar, que escucha la Palabra de Dios — ya sea transmitida por los pastores, ya sea por su mismo Hijo — y la medita, permite que penetre en su alma, cobre sentido, y finalmente la oriente en las decisiones diarias de su vida.

Este tiempo de Adviento que precede a la Navidad, como podemos ver, está acompañado de todo — luces, canciones, ofertas de venta y publicidad masiva — menos del silencio.

El silencio, sin embargo, es una disposición fundamental para los católicos. No deberíamos entenderlo simplemente como la supresión de sonidos. Es la actitud interior que no se deja influir por lo superficial, sino que atesora lo que es importante, y le concede el tiempo de oración y la importancia para que la fe sea firmemente vivida.

El recordado Papa Juan Pablo II, durante su primera visita a México en 1979, explicó cuán im-

portante es imitar esta actitud de María en nuestra vida.

Así lo explicó el Santo Padre: “éste es el momento crucial de la fidelidad, momento en el cual el hombre percibe que jamás comprenderá totalmente el cómo; que hay en el designio de Dios más zonas de misterio que de evidencia; que, por más que haga, jamás logrará captarlo todo. Es entonces cuando el hombre acepta el misterio, le da un lugar en su corazón así como ‘María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón’. Es el momento en el que el hombre se abandona al misterio, no con la resignación de alguien que capitula frente a un enigma, a un absurdo, sino más bien con la disponibilidad de quien se abre para ser habitado por algo — ¡por Alguien! — más grande que el propio corazón. Esa aceptación se cumple en definitiva por la fe que es la adhesión de todo el ser al misterio que se revela”.

La Navidad no celebra una fiesta cualquiera. Celebra un misterio increíble que debería hacernos temblar de asombro y alegría: el misterio de Dios mismo que se hace hombre.

Pero en medio del ruido y la prisa en la que vivimos, a veces es difícil prepararnos adecu-

amente para este misterio. Pero como dice el querido Juan Pablo II, mediante el silencio y la acogida de María, nosotros seremos capaces de acoger este misterio en nuestra propia vida y celebrar dignamente la Navidad, no sólo como una fiesta que es un “punto de llegada”, sino sobre todo un punto de partida para renovar nuestra fe y vivirla prácticamente en la vida cotidiana.

En efecto, en aquel mismo hermoso discurso, el Papa decía: “Es fácil ser coherente por un día o algunos días. Difícil e importante es ser coherente toda la vida. Es fácil ser coherente en la hora de la exaltación, difícil serlo en la hora de la tribulación. Y sólo puede llamarse fidelidad una coherencia que dura a lo largo de toda la vida”.

Pidamos al Señor para que este tiempo de Adviento, junto a María y como María abramos nuestros corazones a los grandes misterios del Señor, para que ellos nos enseñen a vivir plenamente, siempre y en todo como auténticos cristianos, y merezcamos así un día hacernos dignos de las palabras del Señor: “Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel ... entra en el gozo de tu señor”. (Mt 25:21)

“¡Preparad el camino del Señor!” este Adviento y siempre

Quien ha viajado con niños por carretera conoce la anhelante insistencia con la que tantas veces repiten sin cesar el famoso “¿Ya llegamos? ¿Falta mucho? ¿Ya llegamos?” Este espíritu inquieto y de ansiosa expectativa a veces desespera a los adultos, pero bien podríamos aprender algo de ellos: a esperar con ansias la meta deseada. En nuestro caso como cristianos esa meta deseada que deberíamos esperar con ansias es la patria celestial, nuestro encuentro definitivo con Aquél que nos está preparando una morada eterna en la presencia del Dios Trino — Padre, Hijo y Espíritu Santo. Una de las finalidades del tiempo litúrgico del Adviento es precisamente despertar en nosotros este deseo anhelante de ver llegar a Jesucristo, el Mesías, a nuestras vidas y al mundo.

Los Padres de la Iglesia hablan de las “venidas de Cristo”. Vale la pena reflexionar en ello para prepararnos bien a celebrar la Navidad y para vivir constantemente en este hermoso espíritu de entrega y espera. Ellos explican que la “venida” de Dios se concentra en las *dos principales venidas de Cristo*: la de su encarnación y la de su vuelta gloriosa al fin de la historia. (cf. San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 15, 1: PG 33, 870) El tiempo de



MARTHA
FERNÁNDEZ-
SARDINA

Adviento se desarrolla entre estos dos momentos. Durante los primeros días del Adviento se subraya la anhelante espera de la última venida del Señor, quien viene a “juzgar a vivos y muertos”. Al acercarnos al día y al tiempo de la Navidad, nos iremos enfocando en la memoria de lo acontecido en Belén, reconociendo en Cristo la “plenitud del tiempo”. Pero entre estas dos venidas “manifiestas”, hay una *tercera* que San Bernardo llama “intermedia” y “oculta”: la que se realiza en el alma de los creyentes y es una especie de “puente” entre la primera y la última.

Escribe san Bernardo: “En la primera, Cristo fue nuestra redención; en la última se manifestará como nuestra vida; en esta está nuestro descanso y nuestro consuelo”. (*Discurso 5 sobre el Adviento*, 1)

Cristo viene a nosotros a cada instante, en nuestro diario vivir. El papa Benedicto XVI al comenzar el Adviento del 2006 dijo que

con la liturgia del Adviento “la Iglesia da voz a esa espera de Dios profundamente inscrita en la historia de la humanidad, una espera a menudo sofocada y desviada hacia direcciones equivocadas. La Iglesia, cuerpo místicamente unido a Cristo cabeza, es sacramento, es decir, signo e instrumento eficaz también de esta espera de Dios”. (*Homilía de Su Santidad Benedicto XVI: Celebración de las Vísperas del Primer Domingo de Adviento, 2 diciembre 2006*)

El Catecismo de la Iglesia Católica, nos habla de esta “triple venida” del Señor y de la anhelante anticipación a la que Su venida nos invita. Hace referencia al gran precursor o anunciador de Cristo, Juan Bautista, quien dedicó su vida a “preparar el camino del Señor” — ejemplo de humilde entrega y servicio que todos debemos imitar.

522 La venida del Hijo de Dios a la tierra es un acontecimiento tan inmenso que Dios quiso prepararlo durante siglos. Ritos y sacrificios, figuras y símbolos de la “Primera Alianza”, (Hb 9:15) todo lo hace converger hacia Cristo; anuncia esta venida por boca de los profetas que se suceden en Israel. Además, despierta en el corazón de los paganos una espera, aún confusa, de esta venida.

523 San Juan Bautista es el precursor (cf. Hch 13:24) inmediato del Señor, enviado para prepararle el camino. (cf. Mt 3:3) “Profeta del Altísimo” (Lc 1:76), sobrepasa a todos los profetas (cf. Lc 7:26), de los que es el último (cf. Mt 11, 13), e inaugura el Evangelio (cf. Hch 1, 22; Lc 16,16); desde el seno de su madre (cf. Lc 1:41) saluda la venida de Cristo y encuentra su alegría en ser “el amigo del esposo” (Jn 3:29) a quien señala como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. (Jn 1:29) Precediendo a Jesús “con el espíritu y el poder de Elías”, (Lc 1:17) da testimonio de él mediante su predicación, su bautismo de conversión y finalmente con su martirio. (cf. Mc 6:17-29)

524 Al celebrar anualmente la *liturgia de Adviento*, la Iglesia actualiza esta espera del Mesías: participando en la larga preparación de la primera venida del Salvador; los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda Venida (cf. Ap 22:17). Celebrando la natividad y el martirio del Precursor, la Iglesia se une al deseo de éste: “Es preciso que El crezca y que yo disminuya”. (Jn 3:30)

Catecismo de la Iglesia Católica

Aprovechemos este tiempo de Adviento. Hagamos examen

de conciencia para ver si, como niños y como el Pueblo de Israel, esperamos al Mesías con actitud gozosa y anhelante y si deseamos con ansias llegar a nuestra meta final.

Pidámosle al Señor que despierte o renueve en nosotros el deseo de conocerle a fondo, seguirle fielmente y servirle humildemente. Apartemos momentos para estar a solas con El, en medio del bullicio “navideño” que ya se empieza a sentir — que más bien es bullicio comercial y sobre-énfasis en lo material o pasajero. Acerquémonos a los demás, no para recibir tanto como para dar — para darnos a los demás como lo hicieron María y José, y más tarde Juan Bautista.

Despertemos en nuestro corazón el deseo de ser de Cristo y de ver a Cristo — cuando venga el día de Su segunda y gloriosa Venida, pero también en su “venida intermedia” en nuestras vidas diarias. Clamemos desde lo más profundo de nuestro ser *¡Maranáta! ¡Ven, Señor Jesús!*, haciendo vida la invitación con la que termina La Biblia: “*El Espíritu y la novia (la Iglesia) dicen: «¡Ven!»; y el que escuche diga: «¡Ven!» El que tenga sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida... ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!*” (*Apocalipsis* 22:16-18, 22)